

Esta obra no puede reimprimirse sin permiso de sus traductores.

ARGELIA

CAPÍTULO PRIMERO

ARGEL

18 de Julio de 1852.

Ha llegado a ser Argel para los franceses un nombre mágico; cada dinastía lo inscribe en cabeza de sus manifiestos como una palabra propia para encantar ó para ofuscar al pueblo a que van dirigidos.

El aspecto exterior de la ciudad ha sido comparado al de una cantera en explotación. Sus blancas casas escalonadas sobre el flanco de la montaña, la hacen parecerse mas bien a una antigua decoración teatral pintada para un baile de corsarios, que, no sirviendo ya, se ha cubierto de telarañas. Vista desde el mar, de donde nuestros ojos la descubrieron en una hermosa mañana de estío, esta ciudad no tiene nada de bello ni de seductor: se presenta pelada y empolvada; pero de cualquiera manera que sea, es muy extraordinaria. Apenas se entra en el puerto, su conjunto aturde. Podría comparársela a un viejo moro de turbante y albornoz blanco, de cara digna cubierta de barba plateada y undosa. Por desgracia el pobre hombre se ha vuelto loco: la juventud, sin fe y sin respeto, le ha hecho ponerse un pantalon de cuadros y botas charoladas, y le enseña a bailar la polka para divertirse con sus contorsiones, su pavor y el sudor que cubre su rostro. ¡Ella ríe; pero si el anciano hace bailando una mueca algo feroz, al punto los burlescos experimentan interiormente mortal terror!

La parte alta de la ciudad, de forma piramidal, es antigua y morisca en todo. Mas en la orilla del mar, se ha fundado un pequeño Paris con maravillosa rapidez. Sin embargo, como nada en este mundo puede hacerse de un golpe, el conjunto claudica por todas partes. Largas y anchas calles están desfiguradas por algunas monstruosas casas de alquiler que descansan sobre portales. Cuando se comparan estas vías con las calles estrechas, llenas de sombra, construidas por los mahometanos, gime uno por el calor intolerable, el polvo sufocante y las penosas ascensiones a que se le condena en la ciudad nueva.

Choca encontrar al lado de los mas elegantes almacenes de chucherías y de todo su lujo de fantasía, sucias tiendas de planchas, en las que se ven amontonados a los ennegrecidos hijos de África. Hay calesas y ómnibus como en los Campos Eliseos, con la diferencia, sin embargo, de que los lugares que dan el tono, se llaman aquí el *Akbahr*, en vez de *Boulevard de los italianos*, el *Marabout*, en vez del *Bosque de Boulogne*. Encuétranse camellos que rumian cubiertos todavía con la arena del desierto, en aquellas calles que se abren con pompa y terminan en montes y valles. Largas caravanas traen al centro del mundo elegante y de las modas parisienses los frutos madurados por el sol tropical del Atlas.

No es ménos mezclada la poblacion: las hermosas señoras de los Campos Eliseos, con sus perfumados guantes color de rosa, las *loretas* y las versátiles *grisetas*; las *verduleras* (dames de la Halle) con sus papalinas *à la mère Gogo*,¹ codean a la mujer mora que arrastra sus pantuflos, envuelta como un cadáver: a la rica judía ataviada de oro, pintada de colores chillones, con su puntiagudo gorro cargado de velos caídos por detrás de la cabeza, y aun a la desvergonzada bailarina mora, de cara prematuramente marchita, y de inanimadas facciones. El pilluelo de blusa azul hace migas con el hijo guiñaposo de los negros de Tombuctú.

Forma el centro del nuevo Argel y de su desarrollo, una plaza que dista mucho de estar a nivel: elévase en ella la estatua ecuestre en bronce del duque de Orleans, la que me parece ser de exagerada elegancia. Amontónanse en una plaza vecina y mas pe-

¹ En frances, en el texto aleman.

queña, el palacio del Gobernador, la mezquita-catedral y el bazar de Orleans. Para dirigirse de allí al muelle del puerto, debe pasarse por un ribazo resbaladizo de que se avergonzaria el mas ínfimo pueblo de pescadores.

El polvo del desierto y los juguetes de salon; la naturaleza primitiva y la extrema civilizacion; los perfumes y los olores fétidos, todo fermenta aquí y aspira a un acrecentamiento enérgico. La entrada del puerto es una obra de mediana anchura: este puerto solo está completamente abrigado por un lado; pero debe reconocerse que es un trabajo de romanos. Es todo artificial, y sin embargo, puede dar asilo entre sus brazos de hormigon a veinticinco navíos de línea. Para construirlo, se vaciaron enormes trozos en cajones de madera; estos trozos eran sumergidos en el mar por medio de *steamers*, hechos a propósito, y sirvieron de cimientos a un dique construido con sorprendente rapidez, contra el cual se rompen hoy las olas. El mar ha devorado millones, pero la Francia posee un buen puerto en la costa africana.

En aquel momento habia en él muchos grandes buques de vapor empleados por primera vez en aquel año como ensayo por la marina francesa para hacer el servicio, *express*, a Marsella en cuarenta y ocho horas. El considerable número de buques mercantes prueba la prosperidad del comercio de Argel. Una miniatura de corbeta daba el servicio de guardia, y ella fué la que nos saludó al entrar al puerto.

Visitamos desde luego la ciudad, que bajo dos aspectos me interesaba muy particularmente: primero, porque forma parte de un país, la Francia, que desgraciadamente solo conozco por descripciones, y despues, porque está situada en África que es continente del todo nuevo para mí, supuesto que apenas puedo contar una corta visita que hice a Tánger.

Hay una especie de lujo esencialmente frances, que consiste en artículos de fantasía. Esto fué lo primero que hirió mi vista. Paradas dispuestas con gusto, ocupan una larga série de almacenes establecidos bajo los portales de las casas. Encuétrase en ellas desde las mas hermosas obras de platería, en las que se conoce ya el genio morisco, hasta las golosinas mas refinadas: almacenes de perfumería, tabaquerías, depósitos de objetos de arte, peletería,

sillertía, establecimientos de peluqueros, de librereros, de traficantes en antigüedades . . . todas las exigencias de la vida moderna se ostentan en la parte baja de la ciudad berberisca, y se despliegan en brillantes espalderas que alucinan.

Muestras gingatescas pintadas en las paredes manifiestan también el talento que tienen los franceses para engatusar a los papanatas con palabras sonoras y frases de efecto, y para atraerse al comprador con las seducciones del anuncio.

El calor era verdaderamente africano. Subimos penosamente la pendiente de que he hablado, pasamos delante de una mezquita y llegamos a la plaza en que se levanta el monumento consagrado al duque de Orleans.

La estatua ecuestre es graciosa, elegante; pero carece de grandeza y nada tiene de imponente. Solo ví en ella a un bonito joven, de fisonomía moderna, con el tricornio puesto de lado sobre su pelo rizado. De espada en mano, y montado en muy animoso corcel árabe, parece estar en la parada. Dos bajorelieves que adornan el pedestal de la estatua, representan las hazañas del duque; pero desgraciadamente éste lleva el horrible uniforme frances del siglo diez y nueve. Lo mejor de todo es el caballo de piernas finas y formas elegantes. A lo sumo, el monumento reducido a pequeña estatua, haría un bonito efecto en un retrete de señora.

Nos dirigimos a la catedral para oír la misa dominical. La mezquita principal ha sido convertida en iglesia, lo que naturalmente nos pareció bastante raro. Malamente se aunarian los minaretes y las campanas, los arcos de herradura y las cajas de órganos, la cruz y los arabescos. Además, el edificio en sí mismo no es bello: a lo que parece fué al principio de sencilla y desnuda arquitectura morisca, y después se ha ingertado en él una decoración desprovista de estilo y de gusto. La catedral-mezquita (me gusta llamarla así) no tiene, pues, nada que pueda edificar ó dar reposo a un corazón cristiano: añadid a esto el alquiler de las sillas, las idas y venidas de los que las trasportan, y el servicio de policía hecho por un *swizo* de porte gigantesco, de librea verde con un sombrero monstruo, una barba que dá miedo, y un verdadero garrote.

Iba a empezar la misa mayor: alquilé una silla en un sueldo, y consideré, confieso que sin ningún sentimiento piadoso, la escena

nueva que se ofrecía a mi vista. Los sacerdotes, que usan todos barba larga, se adelantaron en procesion solemne con paso medido y lento. A su cabeza marchaba un bedel de mediana edad, vestido de seda de colores, y un solideo en la cabeza. Un gran número de niños, con las sobrepellices semejantes a las de los cardenales, hacían durante el oficio toda clase de evoluciones prescritas a la señal de una palmada; maniobraban a compás como una compañía de soldados, con precision a la vez desagradable y risible. Empezó la misa, y con ella una armonía celestial compuesta de órgano pequeño, de violoncelo y de contrabajo: un concierto en regla y verdaderamente notable. A poco entró una procesion de niños llevando unas parihuelas con panes, imágen del Arca de la alianza de los israelitas. Los panes fueron bendecidos, y después distribuidos en pedacitos a la muchedumbre, que se portaba en esta distribución con muy poca decencia y cierta codicia. Al mismo tiempo, apuestos caballeros de guantes lustrosos, pasaban a la redonda por la reunion, cajitas para la limosna. Todo ello se hacía con ostentacion capaz de disgustar al espectador que no estuviera acostumbrado. Solo la música producía una impresion edificante y seria, digna de ser imitada.

Encierra la iglesia un cierto número de confesonarios con inscripciones que dan a conocer el nombre y la nacion del confesor: ví entre ellos el nombre de un compatriota. Por lo demás, el elemento alsaciano, y por lo tanto alemán, es importante en Argel: oíamos a cada paso hablar en las calles nuestra lengua materna. ¿En dónde, pues, no hallaremos al alemán? ¡Se separa tan fácilmente de su país! Mas debemos regocijarnos cuando en tierra extraña podemos todavía hablar el idioma nacional.

Como al aldeano de Kotzebue, me admiró el oír aquí el frances en boca de los niños y de las gentes del pueblo. Nosotros no conocemos esta lengua sino como lengua de salon. Sin embargo, en Viena desaparecerá más y más: la corte habla de preferencia alemán, pues el emperador, a Dios gracias, no habla frances por un legítimo sentimiento de dignidad patriótica. Y no obstante, ¡con qué facilidad se deslizan de nuestros lábios y bajo nuestra pluma las expresiones francesas!

Muy inmediato a esta mezquita-catedral, que está por concluir,

a pesar de que su solidez se ve amenazada ya por una gran cuarteada, se halla el bazar de Orleans. Es este una de esas calles cubiertas, rodeadas de almacenes como los que se ven en la opulenta Esmirna, y tan numerosos, que podrian formar una sola ciudad. El de Argel encierra un surtido interesante de mercancías orientales: armas ricamente adamascadas: bonitos albornoces blancos y oscuros, vestidos poéticos y pintorescos que son la honra del África: frascos de plata, de donde los moros hacen correr de gota en gota la esencia de rosa: telas de seda recamadas de oro, y pequeños pantuflos del haren: cofrecitos y asientos incrustados de nácar: turbantes, muebles destinados para los salvajes kabilos, vidriados y obras de latón de Tánger: magníficas alfombras y suaves cojines bordados en seda para guarnecer los divanes: brazaletes y collares de oro, de plata y de coral: *pastillas del serrallo* para los voluptuosos bajáes: abanicos de fina paja para los beduinos: plumas de avestruz, huevos del mismo animal preciosamente engastados, que llevan trazados con colores artículos del Corán; en una palabra, mil y mil objetos para satisfacer el gusto de magnificencia y de lujo de las ciudades, ó que deben su origen misterioso y poético a las profundidades del desierto, al interior desconocido del continente abrasador del Africa.

Nos burlamos nosotros de los salvajes, tan dichosos con nuestras bujerías y nuestros espejos; pero codiciamos las curiosidades extranjeras, y adornamos nuestros salones con los mamarrachos de la China y nuestros gabinetes de estudio con fruslerías que sacamos del desierto. ¿Qué es lo que nos inspira este gusto, sino el misterioso atractivo del cambio, tan poderoso en nuestra especie ávida de saber? Pasé horas muy divertidas en medio de aquellos objetos, y llevé gran número de ellos a bordo para decorar mi villa de Trieste. La parte de la ciudad interesantísima y muy original, es la construida en la altura; tiene un tinte completamente morisco; la recorrimos todo el tiempo que nos lo permitió el temible calor del mes de Julio, y en premio de nuestras fatigas y de nuestro sudor recogimos una colección de tipos muy curiosa. Las calles, si podemos llamar así a los caminos en zigzag que se cruzan por montes y por valles, son frecuentemente tan estrechas que apenas dan paso a dos personas de frente. Están llenas

de inmundicias y de aquel olor particular al mundo oriental ó mahometano, que el viajero encuentra con cierto goce secreto en Dalmacia, en Grecia, en el Asia menor y en el África, por doquiera respira la palmera ó florece el mirto. La mayor parte de estas calles, gracias a su poco ancho y a los saledizos que forman los primeros pisos de las casas apoyados en contrafuertes, están envueltas en una sombra eterna y al ménos conservan en su oscuridad algun fresco. Al mismo tiempo se goza en ellas de aquellos efectos tan pintorescos, tan fantásticos que produce la trabazon de las casas: son como decoraciones en donde balcones carcomidos, paredes que se desploman y techos ruinosos, componen un cuadro simbólico de este Oriente desaseado, perezoso, cuyos restos tienen un aspecto tan seductor para el pintor, cuya expresion es la del reposo enérgico y del tenaz fatalismo. Conforme a las costumbres celosas de los musulmanes, las casas no comunican con estas callejuelas estrechísimas, sino por puertas traseras: apenas se ve en ellas una que otra ventana. Por esas puertas misteriosas es por donde las mujeres, cuya vida se oculta detrás de las paredes y bajo los velos, se aventuran a salir para hacer sus compras en el Bazar ó para ir a tomar el *keff* a los cafés.

Tres clases de figuras humanas se muestran en aquellos sombríos desfiladeros formados por las casas. Las primeras, envueltas en blancas mantas que no dejan ver mas que un ojo, se deslizan por los entrecruzamientos de los caminos, y semejantes a fantasmas rápidas é inestables, se desvanecen sin dejar traza detrás de una de aquellas puertas carcomidas, ó en el rincón de una de aquellas habitaciones misteriosas. El extranjero permanece indeciso cuando se le aparece uno de estos seres velados: son las mujeres moras.

Otros personajes caminan con paso solemne y con aire de nobleza y dignidad. Llevan alto turbante, barba fina y lustrosa; su tez es de extraordinaria blancura; visten delicado albornoz, chaquetilla ricamente bordada; ancho pantalon que descende hasta las rodillas y elegantes pantuflos de cuero; tienen una apariencia de opulencia y de fiereza. Son los nobles descendientes de los moros, de los antiguos señores de Granada y de Palermo; es la posteridad siempre hermosa de aquella raza poética que en el siglo XIV tenia el cetro de la ciencia y del arte.

La tercera especie de figuras pertenece a la clase inferior: es el pueblo de los trabajadores, de miembros atléticos y bronceados por el sol, que llevan el traje oriental hecho harapos. En su número debe contarse a los esclavos negros, que en aquel momento estaban todos de fiesta: era el fin de la época tan penosa del Ramazan. Véaseles por lo tanto, a manera de las bacantes, manifestar su alegría en danzas salvajes acompañadas de los platillos y del tamborin. Los extraños gritos de los negros danzantes se oían desde lejos en las calles: parecía que el frenesí se había apoderado de sus espíritus exaltados por un largo ayuno; el cobre resonaba sin tregua ni medida. Las mujeres negras tienen un aspecto particularísimo y repugnante por su fealdad bestial: casi todas son de una estatura gigantesca; usan vestidos azulados y anillos en los brazos y en los piés. Sus caras son anchas, monstruosas, semejantes a las cabezas de los camellos, y comunmente pintadas; sus enormes papadas contribuyen a darles singularmente una fisonomía repulsiva.

Nótase también en las calles tortuosas de la ciudad morisca una sorprendente multitud de muchachos que, vestidos de trajes orientales con colores vivísimos, juegan en la basura y el polvo. Entre ellos fácil es distinguir a los niños judíos, a quienes desde su nacimiento les tiñen las uñas y los cabellos con la esencia de *henna*: en general los visten con lujo. Las judías se reconocen en sus peinados puntiagudos echados hacia atrás, sus vestidos de colores y sus cadenas de oro. Tienen una gran reputación de belleza. A mi ver tratan demasiado de dar a sus nobles facciones semíticas (que me parecen además un poco exageradas) una expresión picante, pintándose con colores chillones las cejas y el rabo del ojo; se dan de esta manera un aire astuto y relajado que es bastante repelente. Mujeres moras muy poco veladas, de cabeza envuelta en pañuelos de vivos colores, de corpiños formados de telas notablemente transparentes, tratan de disputar la palma a sus hermanas las ligeras hijas de París.

El calor que pesaba sobre la ciudad hacia evaporar con el pensamiento toda libertad de moverse. Arrojadados por este enemigo despiadado tuvimos que regresar a bordo.

Poco despues Mr. Randon, gobernador general, con su estado

mayor, y el Prefecto civil Mr. de Mercy, llegaron a hacerme su visita.

19 de Julio de 1852.

El gobernador general habita el palacio de familia del antiguo dey. Este edificio no es muy grande. Visto por fuera es una muestra del estilo morisco-veneciano; por dentro es enteramente morisco. Ventanas ojivales, con pequeños balcones, decoran la fachada, y recuerdan la arquitectura elegante y póstica del inimitable *Canal grande*. El patio de columnas ligeras como el aire, que dá entrada a los diversos departamentos del palacio, recuerda sin igualarlo el maravilloso alcázar de Sevilla. La fastuosidad francesa ha pintado y dorado las columnas, y en él, como en todas partes, se encuentran la Europa y el África formando los contrastes mas singulares: innumerables luces de gas alumbran este centro del palacio morisco. En las fiestas suntuosas, como las que se daban cuando mi primo de Aumale gobernaba la Argelia en calidad de virey, estas galerías, brillantemente iluminadas, pudieron ofrecer hermoso golpe de vista cuando al compás de una música melodiosa la elegancia parisiense se arremolinaba en ellas confundida con los esplendores de la Argelia.

La sala de recibir reúne los dos elementos heterogéneos de un modo ingenioso y sensato. Arañas de bronce y de cristal penden de un rico techo de madera esculpida pintado de diferentes colores: adúnase así el lujo de los salones parisienses al de los palacios orientales. Los muros adornados como los de la Alhambra, con ladrillos barnizados cargados de arabescos, sostienen las inmensas lunas que salen de las fábricas de Lyon: en fin, un ajuar cómodo y lujoso proporciona a los convidados asientos a la europea.

El gobernador en aquel momento estaba en el campo en el *Marabout*, residencia de verano de los ricos de Argel. A él nos dirigimos para devolverle su visita. El *Marabout* está situado al pié de una cadena de colinas, que descende hácia el mar, a la izquierda de Argel, en medio de frescos bosquecillos de árboles y arbustos. Se vá a él por un camino excelente, en el que se encuentran ómnibus cargados de hombres de blusa, moros, judíos y

mujeres veladas al lado de lentas caravanas de camellos que vienen del desierto.

La quinta del gobernador está blanqueada con cal, sin ventanas, en forma de torre, como todas las casas verdaderamente moriscas. Está situada en medio de un jardín perfectamente conservado, lleno de las mas raras plantas y de las mas bellas flores. Gózase desde él de la vista encantadora de las verdes pendientes que descienden al mar, y por intervalos regulares se recibe el fresco aliento de la brisa marítima. Para abrazar con la mirada este cuadro, debe uno colocarse en una galería formada por columnas ligeras, cerrada por una verja, y de la cual brota una fuente.

Sobre esta galería se abre un gabinete encantador. Es una pieza maravillosamente decorada, un poco elevada sobre el nivel del piso segun la costumbre oriental, y guarnecida de suaves divanes y magníficos tapices. Una cúpula, engalanada de arabescos, deja pasar la luz por vidrios de colores, y de ella cuelgan los huevos de avestruz elegantemente pintados, preservativo del Oriente contra el *mal ojo*. Este gabinete, resplandeciente de colores, enriquecido de artesonados y obras labradas, es lo que los árabes llaman un Marabout: es la sala de aparatos de sus casas, el trono del dueño, la muestra de sus riquezas. Allí es donde el moro, mecido por la brisa del mar, rodeado del murmullo de los saltos de agua, respirando los perfumes del jazmín y de las rosas, saborea su tacita de café negro, fumando la pipa.

El general nos esperaba bajo un abrigo de follaje delante de la puerta de su casa. Su recibimiento fué de los mas amables. Nos condujo a su poético Marabout, en donde hubo de empeñarse una conversacion cordial, durante la cual nos hizo servir frutas del país con champaña deliciosamente fresca: al mismo tiempo una música militar dispuesta en el jardín halagaba nuestro oído. Este bonito jardín, cubierto de las mas variadas plantas del Mediodía, estaba todavía fresco y verde, a pesar de los ardores del mes de Julio. Un pequeño parque encierra gacelas arrancadas a su patria que está en la pendiente opuesta del Atlas. El poseedor de estos graciosos animales los alimenta con flores: ¿cómo figurarse un alimento mas agradable y poético?

Del Marabout nos dirigimos a la *Kasba*, ciudadela ó capitolio de Argel. Allí es donde residian los Deys, los rapaces potentados de otro tiempo. Hoy es una prision ó un cuartel. Se compone de una aglomeracion de construcciones fortificadas, que se levantan en la cumbre de la colina cubierta por la ciudad. Además de las habitaciones del antiguo soberano en las que solo quedan, por todo vestigio de su esplendor pasado, algunos artesonados pintados, hay allí una mezquita, baños, cisternas y terrados, y agrupado todo esto en una confusion oriental alrededor de la *Kasba*, forma un conjunto muy original y muy poético. Estos lugares los ocupan hoy las tropas, es decir, los *zuavos*, soldados franceses en traje oriental, de turbante azul claro, de chaqueta azul subido, con faja arrollada en la cintura, pantalon encarnado y polainas: este traje tiene una vista bastante graciosa; pero cuadra mal con el carácter del francés y su lengua de salon.

El calor terrible del clima no permite, sin embargo, un uniforme militar muy ajustado. Tal vez seria a propósito el hacer adoptar a todas las tropas este vestido oriental, mas cómodo y nacido de la condicion misma del país. La infantería francesa se compone en general de hombres pequeños; usa capote azul, el inevitable pantalon colorado con pliegues derechos, y el correaje blanco. Comparte con todo el ejército de África la corbata azul claro y el kepi bordado, guarnecido de ancha visera de cuero un poco levantada. La caballería regular tiene un uniforme análogo, con pantalon guarnecido de cuero y largo sable, que arrastra por las calles. La legion extranjera se distingue por la capota verde oscuro y el correaje negro. Sirve de pasto a la malignidad del clima, y la arrojan a los beduinos como un bocado resistente que mas de una vez les ha causado indigestion mortal. La mejor tropa es la de los *spahis* a caballo. Fuera de los oficiales y de los sargentos, se compone exclusivamente de indígenas. Los *spahis* usan el vestido blanco de los beduinos, turbante cerrado con una cuerda de pelos de camello, un albornoz blanco y uno rojo, altas botas de cuero colorado con grandes y puntiagudos acicates; sable y fusil largo como sus insumisos hermanos. Sus oficiales tienen el vestido europeo; pantalon colorado, chaqueta azul clara con alamares negros, al modo de los húsares, con sable ó espada larga y el eterno kepi rojo.

La Kasba presentaba por doquier la imagen de una confusion y una suciedad espléndidas. Uno de los lugares mas interesantes es el *Marabout* del infortunado dey. Allí es donde en un acceso de cólera le pegó al Cónsul frances con su abanico. A este capricho de déspota debe la Francia la conquista de Argel, pero tambien la pérdida de tantos millares de vidas humanas y de tantos millones de francos. Es la Argelia para la Francia una especie de úlcera, que le extrae la mala sangre; pero al mismo tiempo hace correr la buena. Hasta hoy es una posesion incierta, pero es tambien un teatro para la bravura francesa, y para las teorías que no han pasado todavía por el tamiz de la experiencia.

De lo alto de la Kasba la vista es mas interesante que hermosa. Descúbrese a sus piés el hacinamiento de las casas, y la mirada se extiende de azotea en azotea: allí es donde al ponerse el sol se desarrolla la existencia misteriosa de los moros, desde la cumbre de la ciudad hasta el puerto y las olas azules del mar. Si pudiesen levantarse aquellos techos de azotea, podria escribirse un libro sobre la vida interior que abriga.

Entre los edificios de la ciudad visitamos la mezquita situada en el camino tortuoso que conduce del puerto a la Plaza mayor. Nada de particular ofrece; en su simplicidad y desnudez se asemeja a las mezquitas del Asia menor. Antes de entrar tuvimos que dejar nuestro calzado cerca de las fuentes destinadas para las abluciones. Algunos moros recitaban en aquel momento su oracion del medio dia, es decir, que se prosternaban haciendo mil gestos diversos, golpeando la tierra repetidas veces con la frente é incorporándose súbitamente. Volvian a empezar este ejercicio en tres diferentes puntos del templo, é ibanse acercando de esta manera al lugar donde está colgada la imagen de la Meca, en la dirección de esta ciudad, a lo largo de un nicho cerrado con cortinas. Cerca de este nicho hay un cuartito de madera en forma de púlpito pintado de diversos colores, y cubierto con un techo alto y puntiagudo, subiéndose a este púlpito por una escalera descubierta. En él es donde el Iman hace la lectura del Coran. Detrás de la mezquita se extiende una azotea para descansar despues de la oracion: aun habia creyentes acostados sobre el parapeto, con los ojos vueltos hácia el extenso mar dorado por los rayos del sol. Experimentase

cierta impresion edificante, cuando al salir de la casa de Dios se descubren los esplendores de la creacion: es un comentario de la oracion apénas terminada, y el alma purificada se halla entónces en la disposicion mas feliz para recibir aquellas impresiones llenas de consuelo y esperanza.

Por la tarde nos paseamos en el *Jardin de Marengo*. Llámase así una bonita plantacion conservada con esmero al pié de la cadena de colinas de Argel, a la entrada misma de la ciudad: es el lugar de reunion del mundo de moda, que se pasea en elegantes trajes parisienses entre las palmeras y laureles-rosas al ruido de las armas de porcion de soldados. Asientos de alquiler permiten sentarse a la sombra de árboles exóticos.

Pero ¿por qué hay una columna conmemorativa de Marengo con el águila imperial y toda la letanía de las victorias del grande emperador, en un jardin que sirve á lo sumo de campo de batalla a la coquetería francesa y que fué arrancado al dey por los borbones, lo mismo que toda la Argelia? ¿Por qué, sino porque el grande emperador era tio de su sobrino,—de un sobrino que para salvar a la Francia, no pone en obra el genio de la guerra que habia recibido de su tio, sino que en toda ocasion dá prueba del espíritu poderoso de un hombre del estado—nacido para dominar su siglo?

20 de Julio de 1852.

Esta mañana nos pusimos en pié desde las cuatro para hacer una excursion al interior del país. Partimos en dos ligeros vehículos. Desde el establecimiento de las vías carreteras, este medio de transporte ha sustituido al animal reflexivo que los árabes llaman el *barco del desierto*, ó al asno paciente y flemático.

Argel estaba todavía sumergido en un profundo sueño. Los camellos abandonados al favor de Dios, reposaban a la entrada de las calles principales, al lado de pequeñas tiendas que los hijos del desierto habian armado cerca de las casas parisienses. Aun no amanecia del todo: fresca brisa del mar se unia a la expresion serena y fortificante del alba matutina, y con espíritu alegre pasamos por delante del *Marabout* para subir la cadena de colinas

cerca de la que Argel se extiende con sus quintas y jardines. Dijimos adios a la ciudad y a sus pintorescos alrededores, y nos lanzamos al través del vasto llano de Blidah.

Esta llanura está cubierta de humildes bosquecillos de mirtos, que sirven de guaridas a los jabalíes, y también a algunos leones ó a algunas panteras, pero más comunmente a las hienas. Sembrada de aldeas que la mano diligente del colono ha rodeado de campos cultivados, llega hasta el pié del pequeño Atlas. La seguridad de este inmenso y ardiente llano, es el primer triunfo obtenido por el gobierno francés. Diez años hace que, gracias a los feroces beduinos, nadie podía aventurarse hasta Blidah sin una buena escolta.

Cuando se atraviesa el país, recuerda uno a cada instante los cuadros del gran pintor Horacio Vernet. En aquel suelo unido, amarillento, incendiado por los rayos del sol; en aquel país cubierto de malezas, sobre el cual se extiende el azulado firmamento, saturado de rayos de luz, se ve pasar al negro beduino envuelto en blancas telas, conduciendo con lentitud sus camellos cargados; se reconoce a la mujer árabe de flexible talle, que con el cántaro de barro sobre el hombro, camina con paso firme y ligero. Espérase, pero en vano, que el terrible rey del desierto, con súbito rugido, se lance del seno de las malezas en poderoso salto, y se muestre a las miradas en su verdadera figura, en su libertad y sus fuerzas primitivas.

Apénas se han dejado atrás las calles de Argel, y ya se ve uno, no sin cierta satisfacción misteriosa, en el seno de la ardiente y poética África. La civilización insulsa y monótona, no hace más que atravesarla siguiendo el camino real, bajo la figura de un pilluelo de París harapiento, que hace el fanfarrón y canta la *Marsellesa*. Las estacas de la civilización moderna, en este camino militar, son barracas aisladas, construidas de ladrillo y madera, medio arruinadas: hay en ellas muestras gigantescas que invitan al pasante para que éntre a refrescarse con un vaso de aguardiente. Las habitan con sus familias miserables colonos de blusa, en medio del más horroroso desorden: estos desgraciados tienen un poco de todo lo que es necesario para la vida y nada en cantidad suficiente. Más allá son grupos de casas, en cuya comparación, una

aldea de Hungría sería por su aspecto una residencia de príncipes. Pero hay en ellos un café y un billar, y nombres de calles y de plazas muy ambiciosos. Proclamas del alcalde pegadas a los muros de las barracas, y redactadas en estilo ciceroniano, invitan cortesmente a los ciudadanos a cuidar de la tranquilidad y a vivir en concordia fraternal con los *decembristas* recientemente *exportados ó importados*. Échase una ojeada de lástima y de duda sobre esta colonización francesa, y el corazón del espectador dirige su interés a las salvajes y poéticas tribus de los beduinos. Todo en estas aldeas está construido provisionalmente y de prisa; la empresa no tiene raíces, y se ve en todas partes que se asiste a un ensayo. Solo hay de bueno los excelentes caminos construidos por los franceses, que pueden llegar a ser, si saben servirse de ellos, verdaderas arterias del país.

Orgullosos se muestran los franceses con estos caminos, y creen que con sus trabajos se han igualado a los romanos en la colonización; pero los romanos eran hombres de hierro, y no tenían como los franceses champaña en las venas. Bajo este punto de vista los ingleses se asemejan más a los romanos: se entregan a la obra de la colonización con método, y construyen sobre cimientos sólidos. El francés que se ha mostrado aquí audaz conquistador, quisiera también probar sus talentos para conservar y acrecentar lo que ha adquirido. El alemán es buen colono; pero si es capaz de fundar una colonia con el sudor de su frente, no sabe gobernarla como el inglés, que posee en mayor grado que él la conciencia de su individualidad.

Nuestro primer encuentro interesante, fué el de un gran número de cigüeñas que paradas sobre un pié, graves como viejos zorros, gozaban todavía del pacífico sueño de la mañana en medio de la verde llanura. Como verdaderos viajeros, no desdeñamos el dejar nuestros coches para acercarnos lo más posible a estos flemáticos gotosos. Quién sabe cuántos de nuestros antiguos conocidos halláramos allí. Cierta día, en un viaje que hice a Praga, ví en Moravia una bandada de cigüeñas que volaban en línea sobre nuestro wagon: acaso serían las mismas que molestamos en su sueño en el llano de Bladah.

Desgraciadamente no tuvimos en nuestro viaje la satisfacción de

divisar ni un solo bandolero de cuatro patas. Sin embargo, nuestros pretensiosos franceses cuentan mucho de leones y panteras, y si hubiésemos de creer a estos nuevos Hércules, fácilmente los cogieran en brazos para regalarlos al jardín de plantas ú ofrecer su carne a sus oficiales que no han tenido embarazo en contármelo por sí mismos en Blidah. Estas gentes comen y estiman hasta la carne de las hienas y de otras bestias inmundas. ¡Buen apetito, señores!

A medio camino de Blidah nos detuvimos en una aldea poco mas considerable, pero que gracias a la precipitacion de los trabajos de construccion, se arruina a medida que se levanta. Las casas modernas, construidas sobre el modelo de las grandes ciudades, no causan efecto en medio de este cortejo africano. Cuadran lo mas mal posible los edificios aislados y este clima abrasador cuya violencia empezábamos a sentir.

Nuestros caballos bebieron en la puerta de un elegante *restaurant*, cuya sala de honor decoraban las hazañas de Napoleon I. Esperábanos una escolta para acompañarnos hasta Blidah, mas la dejamos atrás con las mas expresivas gracias.

Llegamos a esta pequeña ciudad a eso de las once de la mañana. Está situada en la cercanía de las montañas, y sus edificios son medio moriscos y medio franceses. Los franceses han dotado a Blidah de un cuartel; los moros de un sepulcro construido bajo magníficos árboles: es el de un santo *Marabout* como llaman a los descendientes del Profeta.

Tiene el mando de la division de Blidah el general C***, hombre de estatura colosal, de exterior muy ordinario, pero de inteligencia sana y juiciosa. Nos recibió en su casa con los oficiales de su estado mayor. Su habitacion es un edificio morisco bastante bajo y encalado. Nos invitó a almorzar, lo que aceptamos con reconocimiento. C*** está instalado en su casa como en un campamento, ó mas bien dicho, no vive en ella. Su verdadero salon es una fresca enramada a la sombra de árboles verdes, regada por las ondas murmurantes de un límpido arroyo.

Compúsose el almuerzo de un número considerable de platos que desgraciadamente no valian gran cosa, y de frutas en abundancia. Asistí allí a lo que hay de mas grosero en materia de escenas mi-

litares: ciertamente no hacia honor al buen vivir de los franceses, que se vanaglorian tanto de sus buenos modales. El tono dominante fué el de la fanfarronería. Los oficiales contaban sus proezas y sus historias increíbles. C*** regañaba a sus criados, y estos servian en mangas de camisa de color: los tapones de Champaña volaban sobre nuestras cabezas.

La reunion era abigarrada como en el campo Wallenstein. Entre otras caras singulares, hallamos allí a un oficial que hablaba aleman, el coronel L***, pariente de nuestro general del mismo nombre. Manda los Spahis de la division, y por este motivo vestia chaqueta azul con alamares negros, y pantalon colorado de pliegues: este uniforme casaba a las mil maravillas con su barba teñida y su cara pintada. Es un *hermoso* (*beau*) de pelo entrecano, un hombre lleno de pretensiones militares, una especie de aventurero elegante, del gremio de los espadachines. No me gustan estos corredores de aventuras, que venden su vida inútil y frívola, y arrastran su existencia de un dia para otro. Debe uno dar su fortuna y su sangre cuando sea necesario; pero vagamundear con las armas en la mano sin objeto noble y elevado, es una vida que me parece odiosa; lo declaro con el sentimiento íntimo de mi corazon. Siempre me siento molesto en una sociedad como aquella en que me encontraba, sociedad que solo tiene desprecio para toda vida simple y honrada; y nunca he sufrido tan fuertemente como hoy esta impresion de tortura.

Un Fénélon, tambien oficial superior en los Spahis, y sobrino nieto del famoso prelado, hablaba igualmente nuestra lengua materna con bastante facilidad. Es moda que no data de léjos, pues empezó en el reinado de Luis Felipe. El oficial nos contó que habia domesticado un leon de Argelia como a un perro, conservándolo largo tiempo cerca de sí, hasta que al fin lo regaló al *Jardin de plantas*. Mucho tiempo despues, en un viaje a Paris, fué a visitar a su pupilo, y vió que el leon lo reconocia; entónces con grande admiracion, con gran terror y pasmo de las elegantes parisienses, el audaz descendiente del grande arzobispo entró en la jaula, y como el domador Van-Acken se puso a jugar con el hijo del desierto que saltaba de contento. No he asistido yo a esta escena; sin embargo, esos señores me aseguraron que no era raro ver en

el país de estos animales feroces completamente domesticados, y que dos ó tres días ántes habia pasado un Marabout por Blidah con un leon que andaba libre. ¿Qué medio emplean los Marabouts para domesticar y hacer inofensivas a estas fieras? Es lo que se ignora; solo parece que, durante esta operacion, deben tener los ojos apagados y caminar y andar como hombres ébrios.

Debo citar además, entre los convidados del general C***, al comandante del destacamento de la legion extranjera, que era un Corfiota, pálido, de pelo rojo, tipo acabado del *condottiere*, pero del *condottiere* que hace hablar de sí por su humor decidido y por su bravura. Su padre era uno de los Palicares que se distinguieron en la guerra de la independencia helénica; y de él heredó la sangre hirviente y generosa que forma al verdadero soldado. Como el oficio de la guerra estaba paralizado en su patria, tomó su camino por el mundo, y se enganchó bajo los pliegues del pabellon tricolor contra las razas libres del África. Tiene el ojo de fuego, astuto y móvil del griego; pero en la escuela de los franceses, su lengua se ha acostumbrado a cantar el himno de su propia gloria. No pudiendo el rey Oton recompensar ya la bravura del padre, ha condecorado el pecho del hijo con la orden *del Salvador*.

Después del almuerzo, que se prolongó mucho tiempo, fumamos todavía el tabaco a la fresca sombra del follaje, cerca del arrollo murmurador. El colosal oficial hizo el elogio de los monasterios de Argelia. Extendióse largamente sobre los servicios que prestan los religiosos, ya en la educacion, ya en la asistencia de los enfermos, ya en el progreso del cultivo, y llegó hasta hablar bien de los jesuitas. No es en los salones donde la religion obtiene sus triunfos, sino doquier se necesite de un espíritu de sacrificio mas elevado: cuando la fuerza de las armas no basta, se ve prácticamente lo que puede esperarse de aquella. Admirase entónces a los hombres que dan sus vidas por la propagacion del cristianismo y de las virtudes que lo acompañan.

El sol estaba en el zenit cuando nos separamos de Blidah para penetrar en el Atlas con una escolta de Spahis. El calor era devorador. El oficial que mandaba la escolta fué atacado de calambres en el estómago: el oficial de alojamientos, frances *beduinizado*, de cara cubierta de hermosa barba rubia, dió violentamente contra el

pomo de su alta silla oriental, y cayó enfermo: yo mismo me sentí incomodado por dolores de estómago. Los rayos del sol de África, ó quizá el almuerzo, ejercian en nosotros una influencia maléfica.

Sin embargo, era *Medeah* la palabra de reconocimiento, y la de orden *Yusuf*. Trátase del famoso *Yusuf*, tan agradablemente dibujado en su vida de amor y de combates por el espiritual Pückler, y es el mismo que manda hoy como general en Medeah. Dejamos, pues, a nuestros cansados franceses al cuidado de un pueblo de colonos y continuamos nuestro camino escoltados por un enjambre de beduinos sometidos al gobierno. Son éstos hombres, morenos, de cara de tigre, que parecen vaciados en bronce: figura larga y ovalada, ojos chispeantes, frente estrecha y prominente, nariz fina y noble, y dientes grandes perfectamente blancos. Soportan las fatigas de un modo increíble. Revoloteaban al rededor de nuestros coches en corceles árabes de formas desarrolladas y ligeras, y sus albornoces flotantes sobre sus brazos morenos y nervudos, no ménos que sus brillantes armas, formaban un cuadro de los mas pintorescos.

Al pié del Atlas, en el ancho lecho de un riachuelo embellecido por bosques de laurel-rosa en flor, muy cerca de nosotros, habia una bandada inmóvil de magníficos gipaetos africanos; pájaros gigantescos que parecian dormir su siesta, y se elevaron majestuosamente en el aire, cuando estuvimos bastante cerca para ser peligrosos. Los vimos por largo tiempo todavía cernirse sobre nuestras cabezas en el azul oscuro del firmamento. Los monos que habitan una montaña del desfiladero de Schiffa, en donde empezábamos a empeñarnos, se mostraron ménos sociables: ni uno de ellos consintió en dejarse ver.

El camino, hábilmente trazado y perfectamente construido, serpentea a través del pequeño Atlas, y pasa por las gargantas de la Schiffa. Representase uno aquellas gargantas lo mismo que toda el África, como un país árido y desnudo, semejante a un desierto. Se figura uno que es una vasta llanura de arena con algunas palmeras aisladas y sedientas que se elevan en el éter abrasador, y cuya avarienta sombra abriga beduinos armados de largo fusil explorando con la mirada el desierto. No es así: el Atlas está cubierto de verdor fresco y lozano como los Alpes; robles majestuosos y mil especies de arbustos y breñales adornan sus románticas

rocas; numerosas cascadas rodeadas de la vegetacion magnifica del helecho, refrescan con su rocío aquel pintoresco desfiladero. El África es un continente rico y fértil: por doquier los viajeros descubren nuevos tesoros naturales para un porvenir que debe ser mas brillante que el presente; por doquier se encuentran aguas y tierras cultivables; y el gran desierto, el monstruoso Sahara, no está tan cerca como la geografia de peluca nos lo enseña. Bien al contrario, óyese hablar de grandes ciudades como Tombuctú, y solo de algunos desiertos aislados, que no ocupan todo aquel inmenso llano que estorba tanto en el mapa, y que no es mas que una capa cómoda para la ignorancia. El África es una tierra inculta a la que faltan brazos, pero no capacidad para producir. Aquellos desfiladeros con sus aguas claras é hirvientes, con sus bosques de lujosa verdura son tan hermosos, que en medio de ellos se creeria uno trasportado a Estiria, si la ilusion no se disipase instantáneamente con la aparicion de un beduino. Despues de haber rodeado largo tiempo las rocas y de pasar varias veces la corriente de agua, se llega a una region montañosa mas alta y mas descubierta, que recuerda nuestros Alpes. Allí nos dieron caballos del tren de artillería. Numerosos ginetes, entre los cuales se distinguian los chaiques, por sus capas escarlatas, sus bordados de oro y la riqueza de sus armas, se lanzaron por delante de nosotros, y nos formaron una escolta mas numerosa y brillante. En la altura se presentaron algunas tribus de beduinos a pié con banderas, unas amarillas y las otras amarillas y verdes. Descargaron sus largos mosquetes como en un combate de guerrillas, dando un grito gutural que les es particular, y que producen hiriendo rápidamente con la mano en el hueco de la boca.

Yusuf, como verdadero hijo del Oriente, habia puesto en movimiento todo el país que le está sometido, para hacernos un recibimiento de príncipes. Aquellas tropas guerreras, dispuestas en las alturas cubiertas de arboledas é inundadas por el sol; los escuadrones de relucientes ginetes; la magnificencia desplegada por los beduinos nómades, todo esto reunido formaba un cuadro de incomparable belleza. Pero cerca del orgullo está siempre el precipicio. Nuestros vigorosos caballos de artillería, espantados por las salvas de la mosquetería de las tribus de la montaña, casi se

habian desbocado, y habriamos preferido ver a la poblacion un poco menos entusiasta.

Despues de haber tocado á un pequeño campamento de beduinos alcanzamos la cumbre del camino. Allí, en una nube de polvo atravesada por los rayos del sol, se adelantó a nuestro encuentro, seguido de numerosa y brillante escolta, un general montado en caballo árabe de raza pura. Llevaba el sombrero de picos y la placa estrellada: era Yusuf. Por fin me veía en presencia de la única figura verdaderamente caballeresca de toda Argelia. La comitiva hizo alto: me presentaron un soberbio caballo entero, blanco, magníficamente enjaezado y continuamos hácia Medeah.

Dirigiéndome a Yusuf le aseguré que su nombre y su brillante reputacion militar me eran bien conocidos. Me permití nombrar a Pückler. «*No se escribe todo lo que se cuenta,*» respondió con finura el hijo del Sur. «*El principe Pückler,* añadió con una sonrisa de satisfaccion maliciosa, *me ha perjudicado con su obra:*» por lo demás, confirmó las relaciones de Pückler. Invito, pues, a los que quieran conocer la vida del general, a que lean el penúltimo viaje de *Semilasso*, y estoy seguro de que me envidiarán la dicha de haber visto en persona al héroe de esas nobles aventuras de gloria y de amor. Solo me permitiré añadir algunos rasgos para completar la relacion.

Cuando Pückler conoció a Yusuf, era éste todavía bey de Bona y comandante de los Spahis que se componian entónces exclusivamente de árabes; pero especialmente todavía era musulman: por lo tanto, usaba el magnífico vestido oriental, amplio y cargado de prendería. Para hacerse popular en la ciudad cuyo mando tenia, se habia casado con la hija de un dueño de café, musulman rico y considerado. Nadie veía entónces en Yusuf, mas que a un leal y valiente mahometano al servicio de la Francia; él servia con gran celo al país que lo habia recibido en las filas de su ejército despues de su fuga de Túnes. El ardoroso amante de la desdichada hija del bey, adquirió pronto gloria y honores. Pero en su calidad de musulman era siempre un extranjero al servicio de Francia. Para abrirse mas amplia carrera, le era necesario ántes que todo hacerse francés. Su mujer murió a la sazón: su fogoso corazon se enamoró de la hija del proveedor general del ejército

de Argelia, parisiense cumplida, llena de gracia y atractivos. Para obtenerla, el hermoso Yusuf, elevado al rango de general, recibió el bautismo con el uniforme actual de los oficiales generales. Su nueva religion le sirvió para obtener a su segunda esposa y la calidad de francés. El seductor héroe de novelas se transformó en un general de brigada de pantalon colorado; cortóse la ondulosa barba, dejóse crecer el pelo, proscribió las costumbres orientales, y el indómito hijo de la fortuna aprendió en la escuela de los buenos modales. «*Es un tigre domado por la señora Yusuf, que solo se manifiesta terrible en los celos,*» me decia el elegante prefecto de Argel Mr. de Mercy.

Pero, ¿cómo se halló Yusuf con esta trasformacion? Para el vulgo semejante cambio es mortal: en cuanto a él, es una naturaleza ricamente dotada: se hizo francés en el idioma, en su manera de agradar, en todo su sér doblgado a modales mas tranquilos, podria decir diplomáticos. Siguió siendo lo que era: un noble y fogoso hijo del Oriente, por su bravura, por su talento vivo y penetrante, por el encanto de su ingenidad de tigre, por la seducción de su humor hospitalario. Ejerce la hospitalidad de un modo solemne, con magnificencia de príncipe. Estas diversas cualidades, unidas a un exterior animado y simpático, hacen que para un extranjero parezca superior y aun eclipse a sus camaradas nacidos en el seno de la civilizacion. Sin embargo, sabe conciliarse su afecto y su estimacion, porque es bravo como un leon y astuto como una serpiente; dos cualidades que los franceses estiman mucho. No parece advenedizo, porque él mismo habla de su pasado: más bien se conoce que sus servicios son un favor que ha hecho a la Francia. Permanece independiente y libre sobre el pedestal que se ha levantado.

Siento no haberlo visto en el magnífico traje oriental: debia estar hermosísimo, y el turbante daria cuerpo a su estatura algo pequeña. De las costumbres mahometanas solo ha conservado la aversion al vino y grande amor a la pipa, y cuando puede sentarse con las piernas cruzadas, no oculta su complacencia. El solo rasgo que recuerda todavía en él al tigre del desierto, es la mirada inflamada, sombría y profunda. Cuando su ojo lanza relámpagos bajo sus negras pestañas, y se descubre entre los bigo-

tes y su barba, negros como el carbon, la hilera de sus blanquísimos dientes, podria pasar frio glacial por las venas de mas de uno; pero se tiene ánimo pensando en el magnetismo de Madama Yusuf y en las lecciones que ella le dá.

Ganamos a Medéah a galope. Hicimos en ella nuestra entrada— una verdadera entrada— que Yusuf nos habia preparado con todos los honores de que podia disponer. Dos cañones situados en la puerta de la ciudad nos dirigieron su salva: la tropa formaba valla; la poblacion femenina lanzó el grito gutural de que ántes hablé: habríase tomado por los alaridos de una horda de caníbales. El general habia reunido para la ceremonia a la tribu de los Mohabicks, que no cria caballos, y hacen a pié el comercio entre el desierto y la Francia. Ella nos acogió al ruido de pífanos y tambores. Rodeados de los gefes de las otras tribus convocadas, entramos en la casa del general, construida en la plaza.

Inmediatamente comenzó una *fantasia*, es decir, un combate simulado con danzas, bajo las descargas incesantes de los largos mosquetes, algunos cargados con bala; todo esto acompañado de pífanos, tambores y de un grito infernal de guerra, al que se une el coro gutural de las mujeres envueltas en sus velos. En estas fantasías a pié, los combatientes se lanzan unos contra otros con saltos de tigres, y al mismo tiempo hacen fuego a los piés de sus adversarios. Representaos en la extensa plaza, una multitud de beduinos vestidos de blanco, envueltos en los torbellinos del humo de la pólvora que es el atractivo principal de la fantasia para los árabes; figuraos los gritos agudos de la poblacion exaltada, y comprenderéis que todo esto produce una impresion salvaje y da casi calofrío. Los juegos son, dícese, los que caracterizan a los pueblos: ¿puede esperarse otra cosa de los hijos del desierto que un juego guerrero, unido a una excitacion fanática y acompañado del estruendo de las armas y de gritos tumultuosos?

La Sra. Yusuf en el mas elegante tocado parisiense, estaba parada a la entrada de su vasto y bonito salon de recibir. Es una mujercita esbelta, débil y enfermiza, con ojos vivos, picantes y de color sombrío; nótese en ella la amabilidad seductora y la expresion risueña y segura de una persona que posee el arte de dominar, privilegio habitual de las mujeres nerviosas y delicadas.

Verdadero enigma es el de adivinar cómo esta persona que no es nada bella, ha podido encadenar y ablandar al soldado apasionado, acostumbrado a la victoria. Se dejó caer, mas bien que se sentó, sobre un rico divan cubierto de alfombra: sus piés reposaban sobre una piel de leon maravillosamente grande y vistosa; esta parece ser la postura favorita de la graciosa esposa del general africano. Despues de algunas frases de cortesía y de la presentación obligada de mis compañeros de viaje, nos fué permitido cuidar de nuestro aseo.

Yusuf me habia reservado un cuarto delicioso de una riqueza confortable y de magnificencia llena de simplicidad. Las paredes estaban pintadas de colores apagados a propósito para no molestar la vista, poco más ó ménos como en el convento de Gibraltar. El pavimento, guarnecido de ricas pieles y de alfombras del mas exquisito gusto, recordaba el Oriente; los muebles cómodos a pesar de su forma medio morisca, disimulaban mal su origen parisiense. Aparadores y mesas cubiertas de mil fruslerías preciosas é interesantes, completaban un interior que encantaba habitar; pero el colmo de bienestar lo debí al envío de una deliciosa botella de champaña enfriada en el hielo. Mi huésped, al enviármela, sabia bien cuál es la clase de refresco que se desea mas en semejante clima y despues de tal excursion: se lo agradecí infinito, y tomé nota para las ocasiones por venir.

La hora de la comida se acercaba. Ábrense las dos hojas de la puerta; ofrezco mi brazo a la amable dueña de la casa, y entramos en el comedor en donde todo se hallaba dispuesto en muy buen orden: la sociedad era numerosa y animada de la mas franca alegría. Nos sirvieron una comida excelente a la francesa; todo esto en el centro del Atlas, en un país medio desierto en el que poco tiempo hacia que nadie se aventuraba sin ir rodeado de innumerables bayonetas, en una casa construida por los moros, la que hace pocos años ocultaba en sus habitaciones inaccesibles los misterios mas secretos del haren. Para realizar con éxito semejantes trasformaciones se necesita un Yusuf, un hombre crecido en estos países y que no conoce dificultades: en punto a comodidades y gusto, es probable que su mujer le haya ayudado. De la casa morisca queda todavía el patio con pórticos, una fuente y algunos

verdes arbustos. Unas cuantas garzas reales de una especie rara se paseaban con aire pensativo y fiero en este patio; una bonita gacela de grandes ojos con bolas de plata en los cuernos juguetaba graciosamente bajo los portales.

Pero volvamos a la comida: de este servicio excelente sólo mencionaré una pieza muy curiosa, un asado de gacela, delicado y sabroso, blanco como la nieve. El aroma de este asado, mas fino que el de venado ó de ciervo, no deja tiempo a los convidados para entregarse a sentimentales lamentos sobre el asesinato de ese animalito encantador que se alimenta con flores.

Un sirviente negro, de buena presencia, de traje bordado de oro, disponia los platos en la mesa. Me gusta mucho ver a mi alrededor tales caprichos de la naturaleza: negros, enanos, jeduques, bufones de corte. Verdad es que esto no cuadra con nuestro siglo tan razonador: un negro, segun nuestras refinadas ideas, cuesta mucho y no produce nada; solo sirve para mostrar la riqueza del tren de casa, como el gallo en un corral. Unicamente en la corte de Prusia he visto aún semejantes singularidades cerca de la persona de los soberanos; entre otras, un delicioso enano chino, y un personaje mas agradable, si posible es, el lector del rey.

Despues de la comida se reunió numerosa concurrencia en el salon magníficamente iluminado. Todo el que podia invocar un título, por pequeño que fuese, tuvo a honor el presentarse. Algunos maridos concurrieron allí con sus mujeres.

El adorno mas notable del salon eran, sin contradiccion, todos los Chaiques de las tribus convocadas en Medeah. Estaban sentados en dos largos divanes, con una piel de leon bajo sus piés. Envueltos en sus mantos escarlatas, y con sus graves rostros rodeados por los pliegues ondulados de sus blancos albornoces, permanecian inmóviles sin decir una palabra, como los senadores romanos, cuando sentados en sus sillas curules, semejantes a estatuas, recibieron a las hordas de los galos. ¿Era calma, orgullo, humildad ó desaffio? Es lo que solo saben estos altivos patriarcas de una tierra en otro tiempo tan libre, que viven y se guian todavía hoy segun las antiguas tradiciones de Abraham. En su mayor parte eran hombres hechos, y aun algunos ancianos de barba plateada. Su tipo es esa fisonomía que distingue a la raza guerrera de los